

EL ARTE DEL DEBATE²

Introducción

Desde un punto de vista teórico, un debate –tal como lo entendemos a lo largo de este documento- es, en síntesis, una forma de comunicación oral en la que se da una confrontación intelectual basada en el enfrentamiento de opiniones, valoraciones y argumentos divergentes de al menos dos personas. Debatir es algo mucho más complejo y ambicioso que simplemente conversar o solamente comunicar. Aspirar a “entenderse” con quien piensa de manera diferente u opuesta, con quien posee también “partes de verdad”, debe ser cualidad de toda persona razonable. Un debate racional es –ya desde Platón- dar razones y recibirlas. En este sentido, aprender a debatir es aprender a argumentar ante un oponente.

Las cualidades del debate se pueden sintetizar en las cuatro siguientes: a) ha de ser comprensible para las partes; b) afable, no hiriente ni ofensivo para las personas , aunque pueda ser intransigente con los argumentos aportados por ellas; c) confiado, tanto en el valor de la propia palabra, como en la disposición para acoger las que ofrece el interlocutor, y d) prudente para conocer las razones del otro, adaptarse razonablemente a ellas y aun modificar el propio pensamiento³.

Cualquier tema puede dar lugar a un debate, excepto las puras evidencias, las incoherencias o las proposiciones de mala fe. No conviene olvidar que todo pensamiento

² Nota técnica de la División de Investigación del Instituto Internacional San Telmo, España Preparada por el Profesor Ricardo Velilla Barquero.

Copyright © 2009 Instituto Internacional San Telmo, España.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del Instituto Internacional San Telmo.

³ La tradición sitúa el origen de los debates en las cortes sicilianas de mediados del siglo V a.C.; en ellas ya se debatía para tomar decisiones; la vida de las organizaciones aparecía mediatizada por el uso persuasivo-argumentativo del lenguaje. En aquellos lejanos tiempos, la excelencia tenía dos posibilidades de alcanzarse: la primera, se lograba al realizar hechos heroicos con las armas; la segunda, siendo un orador: un agente capaz de discursos persuasivos. La misma relación anterior establece que se trata en los dos casos de dos formas de poder. Para la cultura retórica, el poder de las palabras llegó a ser superior al de las armas.

totalitario rechaza el ser debatido. El mejor debate es aquel que permite a cada uno de los intervinientes progresar en el esclarecimiento, afianzamiento o rechazo de sus opiniones personales; aquel que, en suma, hace avanzar el conocimiento en su acercamiento a la verdad. Todo debate auténtico es, pues, un auténtico aprendizaje: reflexión sobre los propios mensajes y sobre los escuchados, reconocimiento de las propias lagunas, desconocimientos y aun errores, ejercicio de tolerancia, de control emocional,... Ejercitarse en debatir condensa en sí mismo variadas actividades formativas: informarse, formarse, escuchar al otro, alcanzar cuotas altas de comprensión y tolerancia, desarrollar el placer del intercambio intelectual y las cualidades de una expresión clara y precisa, ejercitar los propios recursos racionales para fundamentar el propio juicio,...

La práctica de los debates: una habilidad para el entendimiento y la tolerancia

“Cuando conseguís la ventaja de lo que preconizáis, gana la verdad; cuando conseguís la ventaja del orden y la elaboración, ganáis vos.”⁴ Como señala el experto Adelino Cattani, la situación presentada por la cita de Montaigne queda bien ejemplificada por un diálogo entre George Moore y su mujer. Poco satisfecho de una intervención que estaba preparando, el pensador manifestó su preocupación a su consorte, la cual –tranquilizadora- trató de darle ánimo diciéndole: “Verás, querido, que el público comprenderá y todo irá bien”. Y la respuesta de Moore fue: “Si va bien, malo”. Con ello intentaba separar dos puntos de vista que son netamente distintos: a) tener razón y b) conseguir convencer a alguien de tener razón.

Todos los seres humanos -dice Aristóteles⁵- se esfuerzan por argumentar y sostener sus afirmaciones, por defenderse o acusar a otros. La mayor parte lo hace irreflexivamente o por un hábito aprendido de forma intuitiva ya desde niños. Pero si podemos hacer una cosa espontánea o inconscientemente -continúa el filósofo griego-, podremos también, por supuesto, reflexionar sobre cómo la hacemos y crear un método de acción con el que ser más eficaces. Todos admitirán que un conocimiento de esa índole puede denominarse arte.

Es cierto que para muchos debatir es algo relacionado siempre con la *guerra*: atacar, defenderse, contraatacar,...; el propio lenguaje empleado para referirse a esta actividad se orienta hacia esa dirección bélica. Cabe, sin embargo, también la posición constructiva, que Cattani etiqueta con la fórmula de “*discutir es construir*”. En el primer caso, el objetivo se centra en obtener el mayor consenso posible, pues partimos del hecho de que estamos convencidos de poseer (¿toda?) la verdad. En el segundo, en cambio, se pretende más bien alcanzar -con la cooperación del otro o los otros- la mayor clarificación posible frente a un problema complejo y, en parte, desconocido para uno mismo. Es cierto que la tendencia imperante ha tendido y tiende a privilegiar la primera posición (la lógica y la retórica así lo hacen expresamente).

Hemos de recordar que la Retórica clásica partía de la definición del orador como *hombre bueno experto en hablar*. Sin embargo, como apunta Cattani, “¿qué decir del hombre injusto que sostiene lo falso, y que persuade? No resulta sorprendente que Agustín de Hipo-

⁴ MONTAIGNE, M. de: *Ensayos III*. Madrid: Cátedra, 1994.

⁵ Aristóteles: *Retórica*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.

na⁶, santo, pero persona precisa y en determinados ámbitos desencantada, hubiera refutado la idea de Quintiliano según la cual el orador debía ser una persona recta: para ser tal, basta ser *bueno en el hablar* [saber hablar bien], aunque no se sea desde el punto de vista moral. La respetabilidad y la rectitud tienen seguramente un efecto de persuasión, pero no son obligatorias. La habilidad es suficiente, donde la bondad no lo es, aunque pueda tornar persuasivo un discurso.”

El arte del debate exige capacidades varias como definir el tema sobre el que debatir, aportar elementos de comprensión, argumentar distinguiendo lo que está unido a la simple opinión de lo que es una evidencia o un hecho comprobado, ejercitar el análisis y la síntesis, saber escuchar, renunciar a imponer su opinión, respetar al adversario,... Todo debate es un acercamiento a la verdad y al otro en cuanto persona y posible poseedora de “parte” de verdad; es un verdadero acto de tolerancia⁷, no es una simple escucha condescendiente ni un intercambio de roles: defensor-oponente. Las operaciones intelectuales requeridas son numerosas y rigurosas; las actitudes y las cualidades necesarias, las consustanciales al “hombre honesto experto en hablar”. Todo se puede resumir en la idea de que “aprender a debatir es aprender a argumentar democráticamente”. Lejos queda el “hablar *ex cátedra*”⁸; en sentido estricto, los interlocutores están en pie de igualdad.

Aplicado al tema que nos ocupa, el que denominamos “arte del debate” no tiene por qué crear técnicas que dicten modos rígidos de actuar en situaciones previstas, aunque todavía no actualizadas; lo que sí puede hacer, por el contrario, es proporcionar reflexiones, sugerencias y experiencias aprovechables en lo sucesivo. Se trata, pues, de recomendaciones o indicaciones de aquello que debe tenerse en cuenta o de aquello en lo que se debe pensar para actuar en situaciones futuras. La propia situación es la que determinará siempre lo más conveniente. Aristóteles ya afirmaba con claridad que la Retórica no es una mera habilidad oratoria, sino, sobre todo, una “prudencia en el uso de la palabra”.

Existen, durante los dos primeros siglos de democracia en Atenas, numerosas muestras del valor del “arte del debate”. Los propios manuales de Retórica de Aristóteles y Cicerón contienen sus elementos esenciales; en ellos aparece la argumentación a medio camino entre la seducción y la demostración; y una distinción esencial y necesaria entre la postura que hay que defender y los argumentos con los que apoyarla.

El “arte del debate” propiamente dicho reside, por consiguiente, en esa prudencia al utilizar tales técnicas e instrumentos para dar expresión a aquello que el orador, aquí y ahora, desea expresar ante o frente al otro. Y ese *uso prudencial* supone que la propia técnica se va ampliando y perfeccionando, mediante nuevas intuiciones, nuevos ejemplos y especialmente

⁶ AGUSTÍN, San: ‘Sobre la doctrina cristiana’, en *Obras de San Agustín*. Madrid: B. A. C., 1957 y “Confesiones” en *Obras de San Agustín*. Madrid: B. A. C., 1963.

⁷ He aquí una buena definición de tolerancia dada por Voltaire: “Tolerancia es la consecuencia necesaria de la comprensión de que somos personas fiables: equivocarse es humano, y todos nosotros cometemos continuos errores. Por tanto, dejémoslos perdonar unos a otros nuestras necesidades. Esta es la ley fundamental del derecho natural.” Cita en POPPER, K.: *Tolerancia y responsabilidad intelectual*. Conferencia dada en la Universidad de Viena el 16 de marzo de 1982.

⁸ O hablar o escribir con ese estilo condenado por POPPER (*O. c.*): “Este estilo, el estilo de grandes, oscuras, pretenciosas e incomprensibles palabras, ese modo de escribir no debería admirarse más, incluso nunca más debería ser tolerado por los intelectuales.”